

## *Gabriel Sada*

El hecho de que nos haya convocado Celina Lértora, una especialista en filosofía medieval hace que yo comience estas breves palabras citando un conjunto de autoridades.

Y en primer lugar un autor medieval como lo es Pedro Abelardo y su *Historia Calamitatum*. También la mía va a ser el contar un conjunto de calamidades, o de desventuras (como se traduce a veces el término), de experiencias displacenteras que sufre un autor novel cuando va a publicar un libro.

Ciertamente mi historia no es equiparable a ese gran folletín de amores y rencores que es la historia de Abelardo donde uno no sabe si Abelardo exagera y era medio paranoico ya que ve envidias y maldades en todos sus contemporáneos hermanos de religión o verdaderamente el mundo religioso, el mundo que uno esperaría se encontrara bajo las normas evangélicas del amor, es un mundo perverso del cual lo mejor es mantenerse alejado lo más posible.

Pero en algo se parece mi historia, en cuanto es también un mundo de pasiones y de amores, de lucha de deseos encontrados y de un duro aprendizaje en el cual aprendemos que el mundo que llevamos adentro no equivale al mundo que encontramos afuera.

Pasiones. Y aquí viene la segunda autoridad que quiero citar que no es otro que Macedonio Fernández, ya que ciertamente he escrito sobre él. Macedonio dice en alguna parte que escribe para vengarse de haber leído tanto. Pasión de escribir, es eso lo que caracteriza a un escritor. En mi caso personal más que una pasión de venganza lo que aparece como móvil es creer que algo falta. Sobre autores como Platón o Husserl siempre me pareció que, si no estaba todo dicho, **casi** lo estaba. No lo estaba por ejemplo sobre Macedonio Fernández (mi último libro), sobre sus condiciones filosóficas. Ahora reflexionando a posteriori creo que quien escribe sobre Platón o Husserl también cree que algo falta decir sobre ellos. El *eros*, la pasión de la escritura, es también hijo de *Penía*, la pobreza, como le gustaba decir a Platón. De la necesidad de completar un vacío también nace la pasión de la escritura.

El tercer autor que quiero citar es un desconocido. Un autor argentino que ha escrito una serie de libros relacionados con el orbe cultural chino y japonés. Libros hechos artesanalmente y que se los regala a sus amigos. Libros hechos por puro placer de hacerlos ya que su autor obtiene su subsistencia por otro lado. Sus libros tienen algo de la jocosa seriedad macedoniana y llevan extraños títulos. El que quiero citar se llama *Zuihitsu*, y en las primeras páginas se nos informa que tal nombre significa: seguir la pluma, es decir escribir por el puro placer de las sensaciones visuales y digitales de la escritura. Tiene como subtítulo *Libro que no es un libro escrito como quien escribe una carta que no será enviada* y como autor (entiendo que ficticio) Shou Tiao Chuang que significa “cuidador de hamacas”. Editorial *Sisabianovenía*, lo que recuerda la vieja película de Yves Robert, *La guerra de los botones* (1961), sobre la novela de Pergaud (1911). También allí se trata de pasiones, la lucha entre dos bandos de chicuelos de dos pueblos del mediodía francés. Pero también la lucha, a veces cruel, entre el mundo reglado de los adultos y el mundo salvaje e instintivo de los niños, lucha que termina con la reflexión de uno de los niños protagonistas de que alguna vez seremos adultos y tan tontos como ellos; todo tal vez como un símbolo o una parodia de la guerra entre los adultos, guerra que poco después mostrará todo su salvajismo en la Primera Guerra Mundial. El chico más pequeño de una de las bandas cuando se armaba el tole tole, comenzaba a gritar: “¡si sabía, no venía! ¡si sabía, no venía!...” El libro de José María Galán (tal su autor real) comienza con un agradecimiento que quiero citar: “Gracias a la beca que me otorgara la Fellow Parents Society –los reyes son los padres- que me ha permitido contemplar las motas de polvo en

innumerables siestas al fresco en habitaciones con sus persianas entornadas, o descansando en la hamaca bajo el juego indescifrable de las hojas del sauce, es que he podido llegar a una relativa calma como para leer en armonía con lo leído y sentir el irrefrenable impulso de responder: ‘Yo también, es así, es así,’ y contestar como se contesta la carta de un amigo. De ese impulso nace este libro.”

Ven que aparece nuevamente el tema de las necesidades. Quién sostiene económicamente al libro: aquí, los padres. El tema del ocio que, de creer a Aristóteles, se encuentra en el origen de la filosofía. Y luego nuevamente el círculo que señala Macedonio entre lectura y escritura: la escritura como modo de responder a una lectura. Retengo sin embargo la frase “yo también, es así, es así” y le amplío su sentido: escribir como un modo de querer ver qué significa ponerse del otro lado del mostrador.

Ahora sí puedo comenzar con la historia de mis desventuras.

Quiero primero evocar una imagen lejana, casi desvanecida. Llevo el manuscrito de un amigo a un editor. Recuerdo a un señor sentado y rodeado de una pila de fotocopias anilladas que me dice: -Ve todo esto. Tengo que leerlo para ver que valor tiene. ¿Quiere poner su manuscrito bajo la pila? Y, creo que aquí exagero mi evocación, se dio la vuelta y siguió leyendo. Mi sensación fue algo así como: -Perdón por molestarlo. Ya me retiro.

Detengámonos un poco más en los problemas de conseguir editor. Lo primero es ciertamente acceder. Antiguamente uno tomaba nota de un cierto número de editoriales que tuvieran un fondo de libros equiparables al que trataba de presentar, dirección, algún contacto (para lo cual saludaba a viejos amigos), y se disponía a recorrer lugares y a aguardar entrevistas. Hoy, maravillas de la tecnología, puede hacerse esto por Internet. Se arma una carta no demasiado extensa (el tiempo de los otros es sagrado) donde se consigna el contenido de la obra y cuál puede ser su novedad e interés (uno ejercita sus capacidades de marketing). Pero descubre que ... ¡No contestan!. De quince cartas mandadas (y remandadas) contestaron tres. Quiero hacer mención aquí, de estos tres, al caso de un editor que sí responde a las expectativas y el caso de uno que no lo hace. Primer caso, el caso de un editor “virtuoso”: Editorial Siglo XXI. Me contestaron diciendo que lamentablemente este año ya tenían armada la política editorial, y que no sería posible, y que mucha suerte con mi búsqueda. Está de más decir que frente a tanto silencio les mandé una carta agradeciéndoles el no. Esto es para mí un editor virtuoso, alguien que dice no. El caso de un editor “villano” (se entiende que villano para mí): Editorial Prometeo. Luego de establecer contacto me dijeron que llame el viernes...y el otro viernes... y el martes siguiente... y el viernes subsiguiente... y el martes, etc. Hasta que reflexioné que tal vez fuera cierto que los nombres significan un destino, y que Prometeo... ¡Prometeo promete! ¡Lástima que no te llames Cumplimeteo!

Muchos editores aceptan la edición si viene acompañada de un subsidio. La búsqueda de este significa recorrer los lugares de la ayuda estatal. Tratándose de un libro sobre un autor nacional, de la puesta en valor de su figura, nada me parecía más acorde que recurrir a la Secretaría de Cultura. Mi experiencia es que no hay nadie más cortés, que lo trate a uno con más deferencia que un funcionario de cultura... y después no haga nada. Tanto el secretario del Secretario (entrenado en filtrar los visitantes molestos) como los mail dirigidos directamente a este (dirección de mail dada directamente por el secretario acompañada de la más afable de las sonrisas y la más obsequiosa de las indicaciones: -Escríbale, por favor.) conducen directamente a la nada y al silencio. Uno recuerda las famosas aguantaderas de Irigoyen, sea o no sea el funcionario radical.

Vayamos ahora a los problemas de la edición. Finalmente uno decide encarar la edición de su propio peculio, recordando aquella frase de Quevedo: poderoso caballero es don Dinero. Pero no acaban aquí las tribulaciones. Cuento de ellas dos.

Una prestigiosa editorial universitaria de cuyo nombre prefiero no acordarme. Voy a ver al editor que comienza relatándome las dificultades del mercado del libro (seguramente ciertas pero... el caso se asemeja a cuando uno sube a un taxi para que lo lleve –y para esto le paga- y uno no sabe por qué el taxista debe hacer su terapia con uno que tiene sus propios problemas. Así el taxista obtiene una plusvalía ya que al intercambio del dinero por el viaje le agrega su catarsis). Luego de escuchar compungido el llanto del editor que se resuelve finalmente en decir que la edición la debe solventar el autor (cosa aceptada por mí antes de ir a verlo) empiezan las tratativas en serio. Del libro se harían 300 ejemplares (la tecnología actual permite hacer cortas tiradas y poder luego aumentarlas según lo demande o no el mercado) de los cuales el editor me daría a mí 70 ejemplares en forma de pago (que yo debo distribuir o regalar) y el vende en su provecho los restantes 230. Debo decir que no entendí (o entendí muy bien). Yo había hecho el libro, yo pagaba **toda** la edición (papel, imprenta, distribución) y esto es así porque el precio estipulado era más o menos el valor de plaza y luego él retenía de allí el 75 % por ponerle su sello. Algo así como si a un agricultor que ha cultivado papas luego le dijeran: -Está muy bien señor que usted haya hecho crecer y haya cosechado estos amables tubérculos. Ahora, si usted quiere verlos en la mesa de algún comensal, debe pagar también el camión que los transporta, el cocinero que los cocine, platos, cubiertos y manteles y, por qué no, también al comensal.

Me dirijo finalmente a una de esas editoriales que hacen cualquier libro con tal que uno lo pague, es decir que para nada interviene en la elección de su fondo editorial el ocuparse de una temática determinada y donde uno puede encontrar entonces “la biblia junto al calefón”. La editorial promete libros artesanalmente hechos, cosidos a mano, distribución en todas las librerías y plena satisfacción al autor; convenido el precio el autor se dispone a descansar acunado con el sueño de Platón y de Adam Smith de la división del trabajo, aunque ya con la sospecha de que no es exactamente así. Aquí hay problemas técnicos que se resuelven con la buena voluntad de todos los protagonistas y problemas que exceden lo meramente técnico y pueden entrar en lo legal, en las condiciones de lo contratado y que el autor se convierta en un querellante. Ya que todavía “estamos en la mar”, sólo relataré algunos hechos.

El primero tiene que ver con la estructura y diagramación del libro. Uno presenta el libro en el procesador de textos completamente armado y diagramado. Pero la editorial coloca el libro bajo otro programa que desestructura completamente el texto donde las notas al pie pierden su correlatividad, los títulos de los capítulos desaparecen, las palabras se separan en sílabas que no siguen las normas castellanas, el procesador no reconoce ciertas palabras y las sustituye por otras, etc. Baste decir que he tenido que hacer cinco correcciones de “pruebas de galera” para que el texto quedara aproximadamente como lo presenté originariamente. Todo autor reconoce que en cierto momento ha tenido que ponerse codo a codo con el “tipógrafo”, pero en cierto modo es un trabajo agradable ya que uno siente que forma parte del nacimiento del libro.

El otro hecho a relatar no es tan agradable. Finalmente la imprenta hizo también lo que quiso o lo que pudo por su falta de oficio. Muchos libros, más allá de los errores estadísticamente aceptables, presentaban defectos de impresión y encuadernación. Hojas mal cortadas, arrugadas, texto mal encuadrado en las páginas, diferencia notoria de márgenes superiores e inferiores en páginas pares e impares, etc. Aquí hubo que renegociar eliminar una cantidad de libros y rehacer parcialmente una tirada.

Como he dicho antes, prefiero no relatar otros hechos, relativos fundamentalmente a la distribución, porque la historia no ha concluido.

Quiero por último sobre este tema referirme también a una cuestión legal sobre la que me he enterado a partir de mi trato con los editores. Me refiero al número de ejemplares editados. Hay un pacto con el editor de hacer una x cantidad de ejemplares y de entregar un número de ellos al autor. El editor entrega al autor el número de ejemplares pactados y en ese sentido no hay engaño. Pero si el editor hace un número mayor de ejemplares y los vende por fuera de lo acordado con el autor no veo que sea algo posible de controlar por el autor. Espero que en esta mesa obtenga más información sobre este tema, que confieso sólo se me ha ocurrido a partir de mi conversación con los editores.

Relato ahora algunos problemas de librería. Uno espera que su libro se venda aunque no demasiado....

Tampoco quiere que su libro esté siempre en vidriera. Reconoce que la vidriera es un espacio físico limitado y disputado. Explico esto para que no se crea que un escritor tiene exigencias desmedidas. Pero cuento algunas situaciones ligadas a las librerías.

La prestigiosa Librería Hernández tiene uno de mis libros (el último, sobre Macedonio Fernández) a raíz de habérselos llevado a la presentación. Si uno solicita mi libro al empleado este se lo entrega de los estantes de la sección dedicada a “Literatura argentina”. Mi libro es un alegato a favor de que también es posible leer a este autor desde la filosofía y está dirigido a que el gremio de los filósofos acepte esto. No es que se crea que otros lectores de Macedonio no estén interesados por este tema pero busca lectores que, interesados por la filosofía, acepten poner en cuestión sus ideas preestablecidas y consideren a Macedonio como integrante de un corpus de la filosofía argentina (como ven ustedes, un fantasma –Macedonio, filósofo- de un fantasma –la existencia de una filosofía argentina). Ahora bien, un “lector de tapas” (como le gustaba decir a Macedonio) con intereses filosóficos, cuando entra a una librería en busca de novedades, irá espontáneamente a buscar y a leer a la sección filosofía y difícilmente se dirija a la sección literatura – literatura argentina – Macedonio Fernández. Con lo cual la difusión y novedad del libro pierde un porcentaje grande de lectores interesados. Inútil fue ciertamente querer convencer al vendedor de esto, el cual, bien establecido en la división de los géneros, lapidariamente me contestó (sin, por supuesto, haber leído el libro) que Macedonio Fernández pertenece a la literatura. ¡Si cada cliente que se acerca a la librería va a decirle en que sección corresponde insertar un libro se introduciría en ella un principio de caoticidad y nadie encontraría más nada! Batalla perdida.

Batalla perdida tanto más sentida, si puedo expresarme así, en cuanto está ligada a una batalla ganada. Al ir a publicar mi libro yo tenía presente la sorpresa que había tenido al observar, en un libro relativamente reciente sobre Macedonio el cual también intentaba unas series de lecturas filosóficas sobre el autor, que la Cámara del Libro, o quienquiera que sea que confecciona la ficha bibliográfica y da el ISBN que aparece en la contraportada, había catalogado su libro del siguiente modo: 1. Estudios literarios. 2. Crítica literaria. (El libro fue editado por Daniel Attala y lleva el título de *Macedonio Fernández. Impensador mucho*). Como no tenía ganas de que entre lo que mi libro defendía y su clasificación hubiera una contradicción tan evidente fruto de las viejas rutinas, tenía claro que en su título debía aparecer patentemente la palabra “filosofía”. Por ello el libro se terminó llamando *Macedonio Fernández. Confrontaciones filosóficas*. Con felicidad pude advertir que en la ficha bibliográfica lo habían clasificado como “1. Ensayo Filosófico”. Batalla ganada. No tal vez tanto porque hubiera preferido que lo hubieran clasificado como “Filosofía argentina” o “Historia de la filosofía argentina”; como al libro de una colega mía sobre Kant lo clasificaron fácilmente como “190.43 Filosofía alemana. 190 Filosofía moderna occidental” (Doy los números

para que se vea que, probablemente, se trata simplemente de la aplicación mecánica de un nomenclador). Pero el término “filosofía argentina” parece que ofrece cierta reticencia, cosa que no siempre fue así ya que si uno observa el *Curso Filosófico* de Lafinur publicado por el Instituto de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires en 1938 encuentra que al pie de la tapa misma dice “Filosofía Argentina”. Bien, pero como no se pueden tener todos los ases en la mano, estaba por lo menos contento que hubiese sido considerado mi libro una obra de filosofía bajo el título “Ensayo filosófico”. Batalla ganada...batalla perdida, porque ahora debía considerar las rutinas de un vendedor que sin mucho trámite lo había vuelto a poner entre las obras de literatura. (Y ahora que lo verbalizo me doy cuenta que debería haber usado el argumento de su ficha bibliográfica para intentar horadar la seguridad del vendedor. ¡Lástima que ni Aristóteles ni Schopenhauer, que trataron de algunas de las artes de la disputa, den normas para rescatar los “le tendría que haber dicho que...” que invariablemente se nos ocurren después de las disputas! Un caso más de la inutilidad de la filosofía...

Volviendo a los problemas de librería. Uno puede ciertamente caminar la calle ofreciendo sus libros a las librerías. Pero los libreros tienen una serie de restricciones o comodidades legales para aceptar los libros de un particular.

En definitiva uno se ha convertido de escritor, en parte en editor, en parte en vendedor de libros, en parte en cuantas cosas más... Uno se ve amenazado en ser, un poco hegelianamente, todo lo otro. Uno comienza a sospechar de si no tendrá que hacer de cadáver y también de sepulturero...

¿Cuál es entonces el sueño del escritor, y en mi caso el escritor de un libro de filosofía? Que lo dejen realizar su trabajo, sus investigaciones... y que del resto se ocupen otros. Para escribir uno ha consultado obras, bibliotecas, peleado con las ideas y su expresión. Piensa que ese sudor es el sudor de su oficio. Pero cree que allí acaba su oficio. Más, pasado un pequeño tiempo, uno quisiera volver a él... y no estar ocupándose de todos estos otros menesteres.

Mientras los he realizado me ha acompañado la imagen de un cirujano. Un cirujano que sólo debería entrar al quirófano a hacer su trabajo y que un conjunto de colaboradores (anestésistas, instrumentadores, dietólogos, transfusionistas, etc.) le preparan los instrumentos y el paciente. El cirujano hace su corte y se va a su casa. Posiblemente esto no sea más que un sueño y el cirujano deba hacer un poco de todo. Con el reconocimiento de que esto es un sueño uno reconoce que allí choca o interacciona con el sueño de los otros. Porque en el editor que no atiende, en el empleado que desorganiza tu trabajo, en el que promete cosas y no cumple, hay también sus propios sueños y deseos.

Quiero finalmente referirme anecdóticamente a una serie de sensaciones recibidas mientras he escrito mis libros. Sensaciones que no tienen exclusivamente que ver con la relación con editores y libreros, pero dado que esta mesa ha sido convocada bajo el título de: “Escribir, publicar y difundir libros de filosofía y humanísticos. Dificultades, dilemas y alternativas”, y yo he sido convocado para relatar mi experiencia como escritor de los mismos puedo compartirlas con ustedes. Recuerden que mi último libro es sobre Macedonio, un autor que creía que el mundo era solo un conjunto de sensaciones. Sensaciones, sentimientos, pasiones, eso es nuestra vida. Si inútil o no, eso se lo dejamos a Sartre.

Primera. Converso con un editor que me dice y me reconoce que los autores de libros universitarios no ganan casi nada. Pero bueno, me sigue diciendo, ello les sirve para obtener currículum y esto para obtener becas. Debo decir que como filósofo quedé maravillado de esta especie de visión plotiniana del mundo del libro. De la teta de la Universidad viven los escritores, y de la teta de los escritores

viven a su vez los editores en una especie de descenso virtuoso. Lástima (o lastima) que me lo diga a mí que no he obtenido ninguna beca.

Segunda. Cuando estoy escribiendo el libro sobre Kusch, me encuentro con Gregorio Weinberg en la antigua librería del Fondo de Cultura Económica de la calle Suipacha. Me dice que él ha llevado a Kusch a Hachette (donde Kusch finalmente publicó la tercera edición de su libro *El pensamiento indígena y popular en América*). Y que discutían mucho con Kusch. Una de las discusiones giraba aparentemente sobre el campo como lugar o no de la “barbarie” ya que Weinberg me contaba que él le decía que también en el campo era posible descubrir bibliotecas. La de tantos artesanos anarquistas. No eran estas las personas que fascinaban a Kusch sino aquellas que no tenían una tradición letrada, una tradición del libro, pero que sí tenían, y esto es lo que Kusch quería rescatar, un pensamiento, una tradición de pensamiento anclado en la América Profunda. Pero ciertamente Gregorio Weinberg nombrando a los artesanos anarquistas nombró también sin saberlo a Kusch y a su biblioteca, que como todos saben se encuentra en una casa de Maimará, de esas típicas de la zona con piedras en el techo para que no lo vuelen los vientos y con escalones para abajo para descender a la tierra. Por la misma época de este encuentro con Weinberg yo me estaba mudando al Delta del Paraná y trasladando mi biblioteca allí. Es decir que Weinberg nombrando a los artesanos anarquistas nos nombraba a nosotros que trasladábamos nuestras bibliotecas a zonas rurales. Es una extraña sensación esa de sentirse nombrado a través de otros; que en el acto de nombrarlos se nos nombra sin reconocer que se nos está nombrando. Tiene cierta semejanza (y también diferencia) al modo en que Macedonio termina su libro *No toda es vigilia la de los ojos abiertos*. Allí señala que frente a lo enojoso de los argumentos de su libro quiere hacerle un regalo al lector. Y le obsequia la siguiente “sensación”: la “señora de la casa” (es de suponer la esposa del relator) canta “un tema popular de dolor de madre” (divino sólo hay, dice Macedonio, en la traslación del yo y ella era una madre de divino sacrificio por sus hijos, que en ese momento vivía muy sufriente). Ella tararea la copla sin pensar que esta le estaba hablando, se refería a su situación. “Ella no lo oyó (sigue diciendo Macedonio); aún más, creo que mientras lo cantaba pensó la señora en la madre de ella y pensó en sí misma como hija; se sintió niña que mortifica a su madre; y era una madre mártir.” Ustedes saben que *No toda es vigilia la de los ojos abiertos* es un libro que permanentemente juega con las identidades, con la borradura y la traslación de las identidades. Y aquí tenemos a alguien que nombra algo sin reconocerse en lo nombrado como en nuestro caso nos sentimos nombrados sin que efectivamente nos nombre. Creo que se encuentra en ambos casos algo relacionado con la palabra y, por ende con el escritor, de la palabra como capaz no sólo de mostrar o de ocultar mundos sino también de trasladar mundos e identidades.

Tercera. Tengo unos amigos que siempre me dicen: -escribís libros de filosofía, con eso no vas a ganar dinero. Por qué no escribís un libro sobre las hermanitas Xipolitatis o sobre Maria Eugenia Ritó. Eso vende. Y a veces eso me da por contestar a tanto llanto del editor: por qué no se dedica a editar pornografía, eso vende. Y en realidad está bien que traigamos aquí uno de los símbolos del deseo, porque en realidad no sabemos cual es el deseo del lector. Y yo creo que el editor mantiene abierto el deseo de todos los lectores, los que leen filosofía y los que leen otras cosas. Por eso el editor mantiene esa actitud dubitativa frente a nuestra propuesta de editar un libro de filosofía. No sabe si este va a vender, como tampoco lo sabe frente a otras propuestas. Y por otro lado en esta imagen sobre las vedettes hay otra contradicción, otra tensión: la que se da entre el libro y la televisión, entre la palabra y la imagen.

Bien, no quiero aburrirlos o abrumarlos más. Espero que lo que yo les haya contado sirva para un mayor entendimiento entre autores y editores. A algunos les parecerá ingenua mi experiencia, en todo caso es una ingenuidad de recién llegado. A otros les servirá para recordar sus propias experiencias en la publicación de libros. En fin que cada uno tome de aquí lo que le parece.

Quiero terminar por donde empecé. Citando una serie de autoridades. Primero: una frase del taoísmo que dice más o menos así: Si nada haces, nada queda por hacer. Lo cual en buen castellano se dice: Cuando tengas deseos de escribir un libro, espera a que se te pase. No “siéntate a esperar”, ya que un escritor tiene probablemente asociado el sentarse al escribir. Porque sino terminarás diciendo como el chiquillo de la película: “Si sabía no venía”.

Segundo: una frase de Atahualpa Yupanqui, creo que de *El Payador perseguido*: ”no se olvide el patrón que por su peón tiene estancia”. Esto habla de la difícil relación entre el editor y el escritor. Aunque aquí viene en contra la vieja imagen de Marx sobre “el ejército industrial de reserva”: siempre habrá autores, siempre habrá personas que frente al libro dirán: “yo también, yo también...” Y de últimas, o de primeras, podemos importar los libros para bajar el costo de la mano de obra local.

Pero esperemos que no sea así. Un tiempo y un mundo donde el espíritu de lucro sea lo único que cuenta en las relaciones que se establecen en el mundo del libro será entonces un mundo completamente deshumanizado por más que los libros hablen de humanidad. Evoco un título de la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel, título que indica un capítulo que tiene bastante que ver con todo esto sobre lo que hemos estado hablando: “El reino animal del espíritu”. Pero no quiero referirme ahora a su contenido sino meramente al oxímoron que sugiere el título: un mundo de deseos desatados, un mundo sórdido por más que sea el mundo de la cultura y de las bellas palabras. Finalmente volver a la historia de Abelardo. Un modo de entender su historia es ver a Abelardo como un lógico que pretende justamente introducir este elemento lógico de un modo más contundente en el pensamiento de la época. Para ello debe luchar, hacer un lugar, contra quienes ya prearmados con conceptos religiosos dados por la fe, ya prearmados con otras prácticas o modos de vida como los monjes (recuerden que uno de sus antagonistas fue San Bernardo) recusaban el lugar de la palabra. Frente a la palabra preestablecida de la fe y la tradición de los teólogos y el cultivo del campo y el silencio de los monjes, Abelardo trae el logos asociado ciertamente a la urbs, a la ciudad. Pero la lucha de Abelardo no fue en vano sino que dará lugar luego a las grandes síntesis universitarias del siglo XIII.

La historia de Abelardo es la historia de todos nosotros. En primer lugar es la historia de todos los escritores en cuanto quieren inscribir su palabra en un mundo ya hecho. Y en forma general la historia de cualquier hombre y/o mujer que quiere manifestar su subjetividad en un mundo ya hecho.

Y la historia de Abelardo es también la historia de Eloisa. Es una historia de amor. Es una historia erótica como lo es la del escritor y la escritura como lugar de una falta que tal vez no falte y sea simplemente una sobreabundancia donde tal vez mejor sea decir como frente a aquel editor que fui a ver por primera vez: -perdón, por haberlo molestado.

Pero si nos fijamos en estas palabras: “haberlo molestado”, es que ya lo hemos hecho, lo hemos hecho por el mero impulso, por la pasión de ir. Con-vocados, llamados por una imagen, la del editor que es otra parte de nosotros mismos en este circuito que es el circuito del libro.

Y si empecé nombrando a Celina quiero terminar nombrando a Ivo el compañero de Celina. Sabemos que Ivo, aunque siempre nos acompaña, no es del palo de los filósofos. Sabemos que su oficio es el teatro, él ha escrito obras de teatro. Me refiero entonces a las dos máscaras tradicionales del teatro: la tragedia y la comedia, el llanto y la risa, el dolor y el placer con el que esta entretejido el acto de escribir. De la risa que se convierte en llanto, y del llanto que se convierte en risa de que está compuesta toda obra humana; también la de escribir, publicar y difundir obras filosóficas.